

Semblanzas
J. M. Briceño Guerrero
(29-06-1929 / 31-10-2014)*

*José Gregorio Vásquez***
Universidad de Los Andes, Mérida-Venezuela

Palabras iniciales

Ante todo muy buenos días.

Quiero dar las gracias al Consejo Legislativo del Estado Bolivariano de Mérida y sus miembros que tenido el gesto de este Homenaje para con nuestro querido profesor José Manuel Briceño Guerrero, en el marco de la conmemoración de los 233 años del natalicio del maestro Don Andrés Bello.

Antes bien, quiero dar las gracias a la querida profesora Jacqueline Clarac de Briceño por haberme pedido que la acompañara en esta oportunidad. Vengo hasta aquí para traer algunas palabras que nacen más del sentimiento que de la razón. Quiero enviar un saludo fraterno a su familia y presentar mi afecto a través de este gesto escrito. Igualmente quiero saludar a todos los amigos, a los alumnos del profesor y a todos

* Palabras de José Gregorio Vásquez en el homenaje póstumo que la Asamblea Nacional y el Consejo Legislativo del Estado Mérida tributaron a la memoria de J. M. Briceño Guerrero, en ocasión de la conmemoración del 233º aniversario del nacimiento de Andrés Bello. El acto se realizó el 28 de noviembre de 2014 en el Salón de Sesiones del CLEM en el Palacio de Gobierno de Mérida. Fue solicitado expresamente, para su publicación en la revista, al autor.

** José Gregorio Vásquez es poeta, editor y profesor universitario (Departamento de Literatura Hispanoamericana y Venezolana de la Universidad de Los Andes). Es autor de un importante número de obras de creación, entre las cuales destacan: *Palabras del Alba* (1998), *Lugares del Silencio* (1999), *Ciudad de Instantes* (2002), *El Fuego de los Secretos* (2004), *La Tarde de los Candelabros* (2009), *Ingapirka* (2011) y *La Noche del Sol* (2013).

los presentes. Agradecer silenciosamente esta ofrenda que cada uno de nosotros guarda en memoria de nuestro querido Maestro.

Le corresponde a esta ciudad después de tantos años retribuirle un homenaje a un hombre que decidió vivir aquí a pesar de las muchas ciudades que lo llamaron. Un homenaje que pudiera decir con palabras y sin ellas lo trascendente y significativo de su estancia aquí, haciendo verdadera universidad desde 1961, como digno ejemplo de alguien que quiso hilvanar su pensamiento y ofrecerlo desde estas calles, desde estas montañas, desde este horizonte verde y alto, a un país, a otras culturas, a otros pueblos y al nuestro; a un sentimiento que traemos confuso, desigual, combativo, incomprensible, a veces lúcido, otras reducido al olvido y sin embargo, singular.

Que este homenaje sea un verdadero motivo para comenzar a pensarlo desde este otro lugar; motivo para comenzar a sentirlo desde



Fotografía Nº 1. Fotografía: José Vásquez

esta otra dimensión de la vida y podamos así dar testimonio de su hacer y su decir. Un homenaje que nos permita de verdad acercarnos a su palabra, a su reflexión, su experiencia, su singular manera de comprender esto que somos en tanto venezolanos, porque aún los “...venezolanos estamos desorientados fundamentalmente en lo que respecta a nuestro propio ser.” Y desde su lugar de reflexión nos permitió comprenderlo y nos dejó como herencia su pensamiento y su sentimiento para seguir una huella en este mundo de arena en el que andamos buscándonos.

Andrés Bello visto desde el alma entrañablemente venezolana y latinoamericana de Briceño Guerrero

No puedo eludir en el homenaje de este homenaje también a don Andrés Bello. No quiero citarlo aquí para empuñecerlo con un elogio distante y frío; quiero sí, citarlo para traerlo como digno ejemplo de lo que ha sido este país desde comienzos del siglo XIX. Ejemplo en las tribulaciones, ejemplo en los combates desiguales, ejemplo de un gran esfuerzo y sincero acercamiento a nuestra alma. Su voz hecha poesía, su imagen diciéndonos constantemente lo que es y lo que significa pensar la verdadera América a la luz de la independencia, esa América que añoramos y por la que seguimos luchando cada día. Una nación no hecha de palabras. Una nación que vive más allá del ideal político y territorial. Y para ello me permitiré unas palabras escritas por el querido profesor para esta ocasión de un Homenaje a Bello, aunque escrito hace ya algunos años, sigue teniendo la misma dimensión de justicia y la misma dimensión de reclamo que siempre estuvo impreso en su pensamiento cuando se refería a estos seres insignes de nuestra patria. Ejemplo de ello es el discurso *Recuerdo y respecto por el héroe nacional* dedicado a la memoria de Simón Bolívar. Cito parte de ese discurso:

En una ciudad con liceo, Barquisimeto, vi un retrato de Bello. Se lo representaba sentado, adusto, severo, serio, en la mano izquierda sostenía un pergamino medio enrollado, la derecha parecía haber

dejado momentáneamente una pluma de escribir que reposaba sobre una mesa; una extraña casaca negra y una ancha corbata, negra también, dejaban ver un triángulo de camisa blanca sobre el cual se destacaba una especie de medalla colgada del cuello; tenía la cara de un hombre maduro un tanto mofletuda, los inconfundibles ojos de sagitario y una calvicie vergonzante. Detrás de él, una cortina arrugada no lograba ocultar estantes repletos de libros y un escritorio. Absorto estaba yo ante el retrato, cuando el profesor de castellano y director del liceo me dijo: “Ese es Andrés Bello, el humanista más grande de América, hombre de talla universal”. Humanista. Conocía las lenguas y las literaturas clásicas del mundo occidental, conocía las lenguas y literaturas modernas de Europa. Conocía también la historia y las creaciones de los pueblos no occidentales. Se familiarizó con las búsquedas del pensamiento filosófico mediante la disciplina del estudio y el ejercicio auténtico de la razón, sostenidos por genuino interés en los temas centrales con que la condición humana inquieta a los hombres más lúcidos. Procuró con éxito crear objetos verbales plenos de significación y esplendentes de valores artísticos. Con todos esos méritos y logros, con esa depurada manera de ser hombre y con su descomunal capacidad de trabajo, se puso al servicio de las nuevas repúblicas americanas como maestro. Asumió la novedad de América y creyó que nuestras naciones podían y debían alcanzar la madurez creadora que les permitiera convivir en pie de igualdad con las demás naciones cultas del planeta. Entre la ignorancia de sus discípulos y el saber europeo, clásico y moderno, construyó él solo toda clase de puentes mediante traducciones, compilaciones, adaptaciones, interpretaciones. Intervino en la vida pública y en la política, pero desde su nivel de universitario, no mediante intrigas, conspiraciones, adoctrinamiento partidista, demagogia y otros juegos de poder, sino mediante el ofrecimiento de sus saberes y su creatividad sobre las aporías de la sociedad humana en general y de las sociedades americanas en particular. Una pregunta me ha asediado con más fuerza mientras mejor he conocido a Bello: ¿Por qué un hombre de tantos y tales merecimientos está muerto?

Su cadáver ha sido fragmentado en estatuas, retratos, estudios eruditos, abrumadoras ediciones críticas de sus obras completas, celebraciones, homenajes, discusiones de orden, simposios, foros, entrevistas a expertos, mesas redondas.

Lápidas con su nombre muestran su tumba en escuelas, liceos, calles, bibliotecas, plazas, expendios de alimentos, clubes deportivos. Está muerto, sin duda.

Estaría vivo, aunque no tuviera estatuas ni se recordara su nombre, si su semilla hubiera fructificado en América, si lo que dio sentido a su vida y a su obra diera sentido también a América, aunque el sentido se hubiera transformado y alejado de él. Si su elevada lucidez fuera la lucidez de una parte apreciable por lo menos de la intelectualidad de América.

Pero está muerto; los homenajes, reconocimientos y cultos son gestos apotropeicos para tenerlo a distancia no en cuanto a lo que hizo sino en cuanto a lo que significó y pudiera significar. ¿Qué ha sucedido? Por lo general un hombre así no muere, pasa a la circulación vital de su pueblo, se incorpora con o sin nombre a la sangre de las nuevas generaciones, brota en las búsquedas de los adolescentes, afina y sutiliza el oído de las doncellas, irradia en la luz de los ojos estudiosos, fortalece las asentaderas y los codos del letrado, revoca el nombre de la muerte y hace ilusorio el tiempo.

¿Qué ha sucedido? Esa es la cuestión que intento desentrañar. En vida de Bello se formaron las repúblicas americanas. La lengua castellana imperaba sobre el continente, donde una realidad social nueva se regía con instituciones europeas. Bello vio la necesidad de que lengua e instituciones aceptaran la novedad de América y se adaptaran a ella para no destruirla y sin destruirse ellas mismas. Los cambios necesarios para facilitar la manifestación, el desarrollo y la expresión de lo nuevo y diferente eran cambios lícitos presentes en la lógica implícita de transformaciones simbólicas posibles inherente a la lengua castellana y a las instituciones europeas, de tal manera que podía hacerse justicia a lo nuevo sin romper el continuum América-Europa.

No ignoraba Bello que había en América multitud de naciones no europeas. Tampoco ignoraba el *conatus sese preservandi* que las hacía renuentes al sacrificio de la identidad. Sabía además que los pardos eran semicultos: habiendo perdido ya la integridad de su abolorio indoafricano, no había accedido todavía a la plena participación en la cultura hispanoamericana. Era claro para él que los criollos debían cargar con la responsabilidad de dirigir creadoramente las nuevas repúblicas hacia la integración cultural, pues de ellos era la coherencia, de ellos la palabra, de ellos el poder, de ellos la iniciativa.

Creo que con estas palabras damos inicio a este sentido homenaje, deseando no sea un gesto para distanciarnos, sino al contrario, una nueva oportunidad para sentarnos cerca de sus clases...

Ofrenda

...palabras secretas que digo para abrirme por dentro.

J. B.

Solo un antes y un después
pido a mis dioses
para gritar
y que este grito me permita
llegar al nuevo día.

Y pueda entonces decir más allá de la palabra
este ahora
y llenarlo
y vaciarlo
de toda angustia.

Como un mendigo errante
imploro
para que otras fuerzas me ayuden
y ayuden ya a mi cuerpo cansado
que va lentamente a su adiós

Yo con él
siguiéndolo
sin poder
regresar

Qué son los años en la vida de un hombre. El grito, la soledad, la angustia, el dolor, la muerte. Lo mucho o lo poco que queda siempre lo llevamos a cuestras. Al cabo de algunos días el tiempo hace una tarea visible en nuestra piel. Toda marca se vuelve ajena, salvaje. Quema por dentro, quema por fuera. Queda la palabra buscando sonoridad en el vacío.

El hombre busca en las palabras una salida. A mí, en cambio, no me gusta escribir. El que escribe mediatiza la experiencia, se pone fuera de la vida, se queda quieto y juzga.

Me enorgullezco de haber participado en combates que ningún poeta cantará jamás.

Escribo sin embargo; pero no como los escritores de vocación y de oficio; ellos buscan la belleza, la verdad, la justicia, la libertad o la gloria; yo en cambio desprecio esos espejismos ovoidales y busco la victoria singular.

Uso las palabras como trampas...

Aquí estamos, querido profesor, enfrentando nuestra propia justificación de este no saber qué hacer sin su compañía tan necesaria para estos días; este es nuestro imperfecto combate. Buscamos salidas a través de las palabras, sin huir de nuestro destino; sin rechazar los infortunios que nos depara el tiempo. Aquí estamos aprendiendo a llevarlos a cuestras. Unos más. Unos, de otras maneras. Otros, desde la distancia. Otros, desde el silencio.

Aquí estamos para descubrir cada día que la palabra enseñada es horizonte. Que no sabemos de la noche oscura de estos días, y sin embargo, tratamos de rendirle homenaje, para decir desde nosotros lo

que significaron estos años a su lado. Para dejar con palabras lo que en la vida es límite e infortunio, es dicha y desconsuelo, es agonía y con la misma intensidad nacimiento. Aquí estamos tratando de corresponder con palabras y tratando de no hacerlo, al no aceptar de alguna manera su partida.

Recuerdo y memoria...

José Manuel Briceño Guerrero nació en Palmarito, estado Apure, en 1929. Palmarito de Apure, Palmarito con su sola calle y su río infinito mostrando el horizonte tembloroso que siempre le acompañó a lo largo de su vida; porque suyo fue el río, suya la sabana, suyo el sol incandescente de la llanura, suya la música que nacía del canto solitario de su aedas. Allí empezó su recorrido y cabalgó por esta tierra que hizo suya desde siempre. No otra. No una más distante y con otras luces, sino esta, aparentemente apagada para algunos ojos, pero iluminada para el alma de muchos que como él hizo parte de sí y la convirtió en su patria, en su casa, en su hogar, en el lugar más cercano de nuestro destino: patria es madre, nos recordó siempre. Cómo negarla, cómo olvidarla, cómo reducirla si es alma y diluvio que aviva.

En esta misma tierra, en algún momento, desde un ambiente inhóspito para nuestros ojos de ciudad: contaminados y engañados, alejados sin duda del verso puro, apareció desde un más allá de no se sabe dónde, desde un mito, desde un cielo lleno de misterios, un libro mágico en el universo mítico de los llanos venezolanos. Ese libro también suyo cantó la afrenta y el destino sombrío de un tiempo, pero lo hizo desde otro lugar de observación, uno singular: el de la infancia. Es desde ese tiempo de donde viene la fortaleza para la vida, la sabia para la vida. De ese allá, de un día de marzo azotado por la tarde, un niño comenzó a jugar con el tiempo y en él comenzó a dibujar su mundo: un mundo de palabras que ayudaron a sostener la infancia en medio de la noche y la oscuridad. De más allá, de no sé dónde, llegó el canto de la cerrazón haciendo armonía con el naranjo, el mango, el guayabo, el anón, el tamarindo, el mirto, el

níspero, el lechoso, el guanábano, el limón, el cemeruco. Todo un infinito que servía para encontrarnos con esta tierra y mostrarnos su aliento, su herencia, su fortaleza, su ofrenda de cada día. Desde ese rincón de la vida venía un niño que comenzaría a recorrer nuestro tiempo.

Yo era un niño campesino; estudiar significaba abandonar lo que me era familiar para trasladarme a un ámbito verbal con otras vivencias y otras leyes. El veguero se quedaba en el campo; el niño educado se muda a la palabra.

Un niño que fue engendrado y parido en palabras:

(... un niño que....) con palabras (lo) amamantó la madre. Nada (le) dio sin palabras.

(Un niño que) Con el tiempo observ(ó) atentamente que el mundo no verbal estaba también constituido por la palabra. En gran parte todo venía por los sentidos, pero los sentidos estaban educados por las palabras.

He estado cerca, sobre todo, de las palabras mismas, de su sonido, de las relaciones de sus sonidos, del parentesco oculto de las letras, de la secreta correspondencia de las sílabas, cómplice de un juego clandestino, a espaldas del los significados, o tal vez determinándolos.

He sospechado que los poetas conocen esa red sutil y secreta del sentido y significaciones propia del lenguaje en sí mismo, y que trabajan desde ella, por ella, tomando como pretexto los temas que trataban; de las palabras emananan, por lo menos para mí, el encanto y la belleza de los poemas.

Osé pensar muchas cosas, muchas palabras iban y venían. Atrapé muchas palabras y una vez puestas en libertad, en completa libertad, la voz repetida rompía todas las estructuras de mi mundo y abría un ámbito misterioso de inminente peligro, indefinible donde resollaba el sagrado terror de la locura. Huyó entonces y espero las horas, días, semanas hasta reunir suficiente valor para volver...

Quizás sea aquí cuando comienza la travesía por un lenguaje que siempre estuvo haciendo raíz en su alma. Una forma de decir

que lo hizo comprender, desde su infancia, el mundo sin igual de los juegos infantiles que tienen una importancia especial porque en ellos se conserva puro el mensaje fundamental de los antiguos sabios.

Los niños los han ido transmitiendo con asombrosa fidelidad durante milenios, y la sabiduría contenida en ellos ha sobrevivido a las catástrofes que han destruido castas sacerdotales completas, templos, bibliotecas... Cuando los niños juegan se encarna en ellos el fiat del universo, los niños que juegan son la esencia del universo; si durante un segundo no jugara ningún niño sobre la tierra, se desintegrarían las galaxias.

Así comienzan a sucederse en sus obras los relatos de este mágico momento que guardará constantemente en su memoria y que en cada libro suyo va asomar, porque la infancia es una puerta que conduce a otros misterios más secretos de los que creemos conocer. Nosotros aún estamos lejos. Quizás por esa enfermedad que nos persigue. *La enfermedad del alma es la ignorancia; el remedio es el conocimiento. La ignorancia más grande es la ignorancia de la ignorancia.*

El llano le marcó ese su horizonte. La trashumancia de su vida. De Apure su familia viaja a Barinas, Nutrias, Puerto de Nutrias, Barinas. En esa atmósfera están inscritos sus libros *Amor y terror de las palabras. Anfisbena. Culebra ciega*, particularmente, pero no podemos decir que sólo en ellos está su recuerdo, en todos está estampado su paso en paso por estos años que significaron la búsqueda de otras ciudades, de otras costumbres, de otras historias, de otros maestros, de otros lenguajes, de otros singulares sonidos que le llenaban, que hacían melodía en su corazón. Así llegaría a Barquisimeto, estado Lara. Llegaría a la música, al canto, a los instrumentos, a su acercamiento a las culturas populares que anidan en esta vieja ciudad, a sus maestros, a su encuentro con los amigos, a su acercamiento con la palabra y el misterio.

Ese es el lado que no podemos olvidar. No queremos olvidar. Vivimos aún atrapados en una cultura que nos deteriora y nos transforma, y sin embargo, herederos somos de un canto histórico que

no queremos reconocer, un canto que se hace oración en los dioses que duermen nuestro olvido.

De allá lejos
de no sé dónde
enfurecidos
con iguanas en su pecho
cantan
danzan
vuelcan el tiempo

Resuenan en la tierra
más abajo
más hondo
más escondidos

Algo que atormenta
los colores

Un canto secreto
abrazo
este ahora
con los dioses olvidados

Vienen
de allá
de acá
de todos los días
de todas las palabras

Brota un secreto movedizo
que llega hasta adentro
como oraciones
de la tierra

Vuelven
en sonidos

Y yo ahí
lejos

Intensa fue la búsqueda en estos años por comprender lo que somos, de dónde somos, de dónde nuestra forma de pensar, de decir, de sentir, de comprender, de compartir, de crear, de hacer a través del canto y la palabra. En algunas de las festividades religiosas se guardaron siempre, sutilmente, otras festividades donde danzaban los dioses secretos de nuestra cultura. Recorrimos muchas veces esos pueblos intentando comprender lo que venía sucediendo desde otros tiempos y comprender cómo sucedía y seguía transformándose sin romper la conexión con su esencia creadora:

Veo en nuestra sociedad una cultura dominante y la supervivencia de culturas dominadas que persisten no sólo por fragmentos sino también en el esquema fantasmal de una totalidad virtual que se actualiza en facetas, algunas permanentemente visibles, otras intermitentes, otras esporádicas, pero todas aprovechando resquicios, fisuras y grietas de la hegemonía. Esa supervivencia de culturas dominadas en alianza con formas abandonadas de la cultura dominante y en fornicación adúltera con la propia cultura dominante es lo que entiendo por cultura popular.

No veo cómo la cultura popular va a lograr lo que yo espero de ella. Pero lo espero con fe irracional. Sé, además, que el arte es impredecible e inmensamente poderoso.

Siempre nos insistió que Latinoamérica tendría una posibilidad para decir a través del camino del arte.

En su obra de pensamiento sostuvo esa comprensión, desde que salió a la luz de las ediciones su libro *¿Qué es la Filosofía?* vimos expuesta con fe racional y con luz de nuestro sur que podíamos comprendernos en tanto herederos de mundos complejos de Occidente, pero también de mundos mágicos y misteriosos de nuestros pueblos originarios, sin olvidar lo que somos y cómo somos, sin olvidar lo que heredamos y cómo lo heredamos, sin pasar por alto lo que nos sucede y cómo nos sucede: qué herencias llevamos a cuestas y no sentimos, pero se manifiestan en nuestra forma de ser y sentir positiva y negativamente. Ese es nuestro discurso salvaje. En él convivimos, en él somos.

Sus estudios

Se doctoró en Filosofía y Filología por la Universidad de Viena. Luego, a su llegada a Venezuela, fue profesor de la Universidad de Los Andes por más de 56 años.

Con el tiempo, su obra fue merecedora de muchos reconocimientos. Le concedieron Doctor *Honoris Causa* de las Universidades UCLA, UNELLEZ, UNET. Fue merecedor del Premio Nacional de Ensayo en 1981 y del Premio Nacional de Literatura en 1996. Pero nos queda la tarea de no homenajearlo así sólo desde las afueras: nos pide este tiempo guardar su recuerdo y difundir su obra, estudiar su pensamiento y agradecer el legado que nos ha dejado en sus libros: desde *¿Qué es la filosofía?*, 1962,



Fotografía Nº 2. Fotografía: José Vásquez.

Dóulos Oukóon, 1965, *América Latina en el mundo*, 1966; *Triandáfila*, 1967; *El origen del lenguaje*, 1970, 2002; *La identificación americana con la Europa segunda*, 1977; *Discurso salvaje*, 1980, 2007; *Europa y América en el pensar mantuano*, 1981; *Holadios*, 1984, 2007; *Amor y terror de las palabras*, 1987, 2007, 2009; *El pequeño arquitecto*

del universo, 1990, 2006, 2011; *Anfisbena*. *Culebra ciega*, 1992, 2002; *L'enfance d'un magicien*; 1992; *El laberinto de los tres minotauros*, 1994, 1997, 2009; *Discours Sauvage*, 1994; *Diario de Saorge*, 1996; *Discours des Luminières*, 1997; *Esa llanura temblorosa*, 1998; *Matices de Matisse*, 2000; *Trece trozos y tres trizas*, 2001; *El Tesaracto y la tetractis*, 2002; *Mi casa de los dioses*, 2003; *Los recuerdos, los sueños y la razón*, 2004; *Para ti me cuento a China*, 2007, 2008, 2009; *Obra selecta*, 2007; *Tiempo*. Traducción del poeta chino Chiti Matyá, 2008; *La mirada terrible*, 2009; *Los chamanes de China*, 2010; *Recuerdo y respecto para el Héroe Nacional*, 2010; *Operación*

Noé, 2011, *El garrote y la máscara*, 2012 y $3 \times 1 = 4$. *Retratos*, 2012; *Dios es mi laberinto*, 2013; *Cantos de mi majano*, 2014 y *El alma común de las Américas*, 2014.

Y sigue entonces la pregunta: ¿Desde qué lugar podemos hacer un homenaje a nuestro querido Maestro? ¿Desde qué lugar nos corresponde hacer un homenaje al querido profesor? ¿Es este nuestro homenaje? ¿su pensamiento quedará ahí guardado? ¿será justo? Este es nuestro compromiso.

La región intermedia del alma. Un símbolo inacabable

(Me permitiré aquí releer algunas palabras ya escritas en días anteriores y aciagos)

Región desgarrada y ambigua. El alma es lo más trágicamente humano. El viento no rasgará lo construido con palabras. Región en que amamos y sufrimos. Detrás de las palabras está la conciencia de la vida y de la muerte.

Escribo, en fin, para buscar la admiración y el amor de otras personas; tengo una carencia afectiva, me hace falta cariño; he fantaseado y soñado que alguien, leyendo mis escritos, sienta por mí lo que yo he sentido leyendo a mis autores preferidos; aunque sea un poco, y me lo diga.

Mi casa,
hecha de materiales visibles
y tangibles,
columnas, ladrillos,
tejas, madera,
bases firmes y riostras,

mi casa
que cualquiera mira
sostiene otra casa
invisible
donde yo vivo de verdad.

Este es nuestro homenaje al querido profesor. Está hecho de palabras, pero aún no sabemos decirlas; no podemos decirlas. Aún nos hace falta aliento. Las palabras se nos atragantan, se nos enredan, se nos devuelven y no podemos más. No nos acostumbramos a estar sin él, sin su voz, sin su presencia. No nos acostumbramos a andar sin él, sin su aliento, sin su vitalidad, sin su gesto de cada día, sin el alma que nos mostraba el misterio de nuestro destino.

Y aún así aquí estamos. Algunos seguimos viéndolo cada día en el recuerdo. Escuchándolo, leyéndolo. Caminando con él en silencio. Preguntándonos ¿qué nos pide este ahora. Qué nos exige este tiempo. Esta vaga ilusión que llamamos presente. A dónde mirar. A qué horizonte verde y alto poner nuestros ojos.

Aquí estamos haciendo un espacio, uno muy hondo en el alma. Un espacio para guardar y proteger nuestro afecto. Todos andamos con algo a cuestas llevando además esta separación a nuestra manera. Estos son nuestros ritos, con ellos aprendemos para la vida.

Kabir, Kabir, ya sabes vivir... Kabir, Kabir, ya sabes morir...

Palabras finales

Hace unos días el cielo de la luna nueva trajo para nosotros un mensaje oculto: la muerte de un ser querido destronó cada minuto de esa tarde. La noche acechaba la casa y el silencio se apoderaba de la palabra. La partida del profesor José Manuel Briceño Guerrero ha trastocado nuestro ahora; ha callado nuestra voz.

Este sentido homenaje nos permite recordar a un querido maestro, a uno muy querido de los tantos que nos acompañan en la vida.

Sin duda, nuestro reconocimiento es de palabras. No tenemos otras maneras más cercanas para decir lo que sentimos. Con palabras nos han desordenado el alma y también con palabras hemos andado el lento peregrinar a nuestros dioses. El tiempo incansablemente nos muestra el día y su oscuridad con palabras, así como la luz y la alegría,

el amor y el desconuelo; es parte de lo humano, lo esencialmente humano lo que vive y respira en la palabra. Por ellas mismas seguimos amamantados. Nada somos sin su poder. Así lo enseñó durante tantos años y nos llevó siempre por la vida misma del lenguaje para intentar comprender nuestro trágico destino.

En esa insistencia está enmarcado uno de los anhelos de su vida. Él quiso ser leído, ser comprendido, ser escuchado y ser querido a través de sus palabras. Quiso así ser palabra en las palabras de los otros. Ser silencio en el silencio de los otros. Dándonos cuenta o no, pasamos por delante de ese su mundo cuando respirábamos frente a unas páginas de sus libros. Conscientes estamos de que muchas veces lo leído, lo comprendido, lo escuchado, lo querido se rompe por la trasgresión simple del desaliento que el camino pone por delante y por detrás del tiempo.

Qué muere cuando muere un pensador como J. M. Briceño Guerrero. Qué vive cuando muere un hombre como él. Qué nos queda. Qué protegemos. Qué guardamos. Qué olvidamos. Ha bajado nuevamente el telón. Otra obra comienza. No la misma. No con la intensidad, la claridad, la sabiduría de un maestro que hizo universidad y que enseñó desde esa universidad que tanto añoramos. Un maestro que hizo escuela en el corazón de sus alumnos. Un maestro que desentrañó muchos misterios de la vida y nos dejó en palabras algunas de esas señales.

Ahora seguimos su rastro en muchos de sus testimonios. En el estudio verdadero de quiénes somos. En la mágica y significativa posibilidad de acercarnos verdaderamente al aliento de los pueblos: bien a través de su música, sus creaciones, sus lugares, sus juegos, sus sonidos desconocidos... o bien, a través de la mirada secreta de sus personajes donde vive y palpita la herencia que llevamos olvidada.

Siempre nos llevó de la mano por los recuerdos de otras ciudades, de otros mitos, de otras victorias y catástrofes, de muchos tiempos, de

muchos dioses, de muchos seres que viven aún en las páginas de la gran literatura. Cada trazo de él nos delineaba con amor y amargura el aliento de esos personajes revividos; así los viajes por obras tan singulares; así los viajes por la cadencia de la música escrita en palabras, por las palabras dibujando el tiempo en el pensamiento de la Filosofía, por los colores trastocando la mirada para poder desviarla, por la afectuosa disposición de comprender nuestras culturas populares. Qué lástima que muchos estuvieron atados a las pequeñeces cuando se referían a él. Pero el día de la luna nueva regresa.

Hoy queda mucho de nuestro querido maestro entre nosotros; queda todo de él en nuestro recuerdo; queda el fluir de la gran savia, el olvidado asombro del rosal que extiende sus brazos ciegos hacia el sol por amor a la ignorada rosa; pero también queda poco de él en otros lugares: queda poco de él en las librerías, en los anaqueles, en las bibliotecas, en las universidades, en los recintos del aprendizaje, en muchos de los profesores que deambulan por los salones; y a pesar de esta trágica situación, queda mucho de él tatuado en la victoria del pensamiento que se hace idea verdadera para comprender lo que somos y de dónde somos... Queda el dolor y la alegría. Quedan muchas tareas por hacer para que ese enorme recuerdo y esa gran Obra, aún no reconocida, nos muestre esencialmente otro camino en la comprensión de nuestra alma.

Muchas gracias.

